

nismo! Odio esa doctrina egoísta y feroz. Sea, lisa y llanamente, un hombre juicioso y honrado. La inteligencia de usted se encargará de lo demás.

Florisa miró á Treillard, hizo una mueca burlona, y se echó á reir:

— ¡ Muy bien! Fíjese, caballero, en que me ha obligado á pronunciar una famosa conferencia. ¡ Lo malo es que se ha perdido la copia! Si hubiese usted escrito, á medida que yo dictaba, me encontraría, cuando menos, con tres columnas de original, que se han disipado con el humo de mi cigarrillo.

Treillard se levantó y, mirando al reloj:

— Son ya las siete. La dejo á usted.

— ¡ Eso sí que no! No quiero, en estos momentos, dejar á usted solo. Vámonos á comer juntos, en cualquier parte, como buenos camaradas. Luego, si nos da gana, nos meteremos en un teatro á oír un acto de una obra. ¿ Estamos conformes?

— Sí.

— ¡ Perfectamente! Espéreme cinco minutos; me cambio de traje, me pongo un sombrero, y nos vamos.

X

El estado de ánimo en que se hallaba la señora de Sortais, al separarse de Treillard, y al volver á su hotel, no era mucho mejor que el de Treillard cuando regresó á su casa. La dama sentíase, á la vez, satisfecha por haber logrado subyugar nuevamente al rebelde, y exasperada por los esfuerzos que tuvo que desplegar para conseguir ese resultado. Y se decía: « Amiguito, cuando esté reducido á completa obediencia, cuando de nuevo se haya habituado á acatar mi voluntad, me pagará muy caro todo esto. Ya puede alegrarse de que lo necesite tanto. ¡ Ah, si pudiera prescindir del auxilio de usted! » Pero era demasiado inteligente para no darse cuenta de que tal auxilio le resultaba indispensable. Acababa de efectuar la prueba. Sin Treillard, ó sin un Treillard cualquiera, debía renunciar á su prestigio. Y todo se le antojaba preferible á tamaña decadencia.

Se había habituado á las alabanzas. Le era muy grato escuchar: « usted que tiene tanto talento; usted que posee los esplendores de la alcurnia y los des-

tellos de la inspiración. » Y no quería abdicar del papel que desempeñaba, ni verse arrojada de su trono poético, ni volver á ser una aristócrata más. Haber visto reproducido su retrato en toda la prensa ilustrada; haber leído sus versos publicados en todos los diarios, precedidos de algunas líneas de presentación en las cuales, para más elogiarla, se rebajaba el mérito de los más eximios poetas contemporáneos; encontrar en los escaparates de las librerías, reproducciones fotográficas de su salón, con todo lujo de detalles, y ella de pie, con su último volumen en la mano, constituían otras tantas satisfacciones muy intensas, á las cuales les había tomado el gusto, y se le antojaban más necesarias para vivir que el aire que respiraba. Y para asegurarse esos goces profundos, le hacía falta la cooperación de un literato, que le corrigiese los trabajos, que le sugiriese ideas, que le quitase y le forjase estrofas, que le cincelase frases, y que en los periódicos, personalmente y por relaciones de compañerismo, se encargase de confeccionar los reclamos que se necesitan para el cultivo de la gloria. Sin esfuerzo, comprendía el perjuicio que se le ocasionaba con el retraso en la publicación del artículo que acerca de su libro estaba anunciado en *El Movimiento*. Todo esto había sido preciso para que la orgullosa Marquesa se humillase ante el hombre á quien se había acostumbrado á tratar como á un criado. Y cuando pensaba en lo que pagó por anticipado para conseguir el condenado artículo, se estremecía de rabia. Ahora estaba segura

de lograrlo; Treillard no se lo negaría. Y personalmente, porque ya no se fiaba de nadie, iría ella á entregárselo á Fabreguier para que lo diese á la cajas.

Entró en su hotel, almorzó sola y se encerró para descansar y reflexionar. De la conversación con Treillard, se desprendía un hecho claro, preciso. El de que el literato había sabido su reconciliación con Mauricio. Esta comprobación le inspiraba dudas acerca de la sinceridad del joven de Roize. Hasta entonces había creído en el cariño del guapo mozo, al cual facilitó la entrada en salones aristocráticos y proporcionó relaciones. Por ella obtuvo un cargo en el Ministerio de Negocios Extranjeros, con residencia en París, en las oficinas del Protocolo. Ella lo hizo admitir en una sociedad que lo hubiera rechazado, sólo por ser empleado público. La nobleza del joven, recientísima — sólo databa de Luis Felipe — necesitaba una confirmación que la Marquesa, poco á poco, le iba consiguiendo. En fin, el guapo señor de Roize se apellidaba Ballón. Su abuelo, juez en Deux-Sèvres, prestó algunos servicios en el momento de ser arrestada la duquesa de Berry, y, en recompensa, logró que lo nombrasen Barón. El barón de Ballón, hubiera sido ridículo. La hacienda de Roize proporcionó el título necesario. Pero, no era preciso un examen muy minucioso, para encontrar, bajo Roize, á Ballón. La Marquesa, sólo por estar enamorada del guapo Mauricio, podía tolerar un amante tan vanidoso.

Tumbada en una butaca, hacía examen de conciencia, y se decía que el baroncito había procedido mucho más como un Ballón que como un Roize y que era lógico que el abuelo, que se condujo como un bandido con los legitimistas del Bocage, en el alzamiento de 1832, hubiese transmitido parte de su villanía al nieto. El gallardo Mauricio, engañando á la Marquesa de Sortais con una Claudina Nantheuil, procedía como un patán. Y la Marquesa, disgustándose con el útil y abnegado Treillard, para reconciliarse con aquel caballere te tornadizo y simplón, se conducía sencillamente como una loca. El sentido común exigía la despedida definitiva del imbécil agregado al Protocolo, y el establecimiento razonado y regular de unas relaciones, lo más secretas posibles, con el brillante literato. También era guapo Treillard. Cierto que no tenía la desenvoltura de bailarín consumado, que caracterizaba al joven de Roize. Pero poseía unos ojos muy hermosos; y, además, escribía. Esto representaba una ventaja inmensa sobre su, hasta entonces, afortunado rival.

Al llegar á este punto de sus meditaciones, comprendió la señora de Sortais que no había duda posible acerca de la conducta que debía observar. Los treinta años ya cumplidos, le aconsejaban prudencia. La ambición le imponía el cálculo. Prudencia y cálculo se hallaban de acuerdo para favorecer á Treillard. En aquella tarde, y sin haber hecho nada para conseguirlo, los asuntos del literato tomaron un giro favorabilísimo. Y esto ocurría en el preciso

instante en que el escritor, sermoneado por Florisa, sentía hastío de las consideraciones mundanas que había buscado arduosamente, y comenzaba á ver desapasionadamente la conducta de la mujer á la cual sacrificó un año entero de vida.

A la mañana siguiente, la señora de Sortais, completamente decidida, se disponía á vestirse para ir á visitar á Treillard, según le ofreció, cuando se presentó la doncella con un sobre grande, en el cual la Marquesa reconoció el carácter de letra del escritor. Abrió el sobre y se encontró con el tan deseado artículo, acompañado de una carta, que dejó á un lado, para recrearse en las ansiadas cuartillas. Aun cuando las había oído leer al autor y aun cuando entonces las leyó, quiso disfrutar el placer exquisito de releerlas.

¡Así era como soñó que la trataran! El elogio tenía ciertos tonos de gravedad convencida, que lo hacía más sabroso. Las censuras, porque no faltaban, estaban apuntadas con delicadeza cariñosa, resultando casi más gratas que alabanzas. Todo lo que debía decirse acerca de la situación de la mujer y de su talento literario, estaba dicho con gracia y con exactitud admirables. No se adivinaba la benevolencia. Se formulaban las restricciones necesarias de modo tal que la Marquesa pudiera congratularse sin caer en el ridículo. Paladeó varias veces, sin cansarse, aquella prosa amena y vibrante; al fin se decidió á leer la carta, que acompaña á las cuartillas. Desde las primeras palabras, frunció las cejas.

« Señora : Mucho temo haber procedido mal, obligándola á venir en busca del artículo que le ofrecí escribir acerca de su libro. El artículo es de usted y no tengo derecho para regatearlo. Mi conciencia, después de separarnos ayer, me lo ha hecho ver con toda claridad. Una amiga muy querida, para la cual no guardo secretos, me ha confirmado en esta opinión... »

La dama levantó la cabeza é interrumpió la lectura. ¿Una amiga?... ¿Para la cual no guardaba secretos? ¡Sólo podía ser Florisa Barel! ¿Cómo? ¿Habría cometido la infamia de contarle á esa mujer sus aventuras? ¿Había confiado sus intimidades á aquella enemiga? Así, pues, cuando Florisa criticaba duramente á la señora de Sortais ¿sabía que era la amante de Treillard? Con mano temblorosa la Marquesa volvió á tomar la carta y continuó leyendo : « En prueba de arrepentimiento, adjuntas envío esas cuartillas á las cuales ha concedido una importancia de que seguramente carecen, y de las cuales puede hacer el uso que estime más oportuno. Pero, aun habiendo cumplido con usted mi deuda material, me queda por satisfacer lo que dudo en llamar mi deuda moral. Porque si bien es cierto que se relaciona con un compromiso moral, resulta en sí la deuda tan desprovista de moralidad que se me antoja abusar de las palabras si la califico de un modo decoroso. »

La señora de Sortais hizo otra pausa. Vió á Treillard emprender un camino muy distinto del que ella

hubiera querido verlo seguir. En vez de mostrarse tierno y confiado, se manifestaba irónico y amargo. El comienzo de la carta no prometía un final satisfactorio. La dama pensó : La influencia de Florisa Barel se deja sentir en cada uno de los renglones de este escrito. ¡Esto no lo ha pensado ese hombre! No se produce un cambio tan radical en el plazo de veinte y cuatro horas. Nunca hizo una tan exacta exposición de sus sentimientos. Esta es labor literaria. El corazón no ha intervenido. Veremos lo que queda de estos sarcasmos, cuando Treillard haya hablado conmigo media hora.

Continuó la carta : « Le escribo estas líneas con profunda tristeza. Me ha proporcionado uno de los desencantos más crueles que podía esperar. Cifré en usted esperanzas que usted se encargó de destruir. Luego, tuvo la bondad de intentar resucitarlas. Pero me falta fe en el resultado de esa resurrección. La felicidad, con usted, sería demasiado precaria. Prefiero, en el acto, renunciar á ella. »

La dama, antes de darle crédito, leyó dos veces la frase. ¿Cómo? ¿Era él, el que quería la ruptura, después que ella le había ofrecido tratarle como antes lo trató? Y declaraba brutalmente que ese favor le parecía insuficiente, y sin cólera, sin amenazas, se retiraba en el momento en que ella lo dejaba triunfar. Pero triunfar... ¿cómo? La Marquesa, rápidamente, comparó lo que estaba dispuesta á dar y lo que se proponía pedir. Con perfecta claridad vió que era un cambio fraudulento el que proyectaba

realizar. Treillard lo había comprendido y se lo hacía comprender. El resultado estaba obtenido. El escritor discurría con lucidez. En el acto la dama se formuló esta reflexión: Después de todo, tengo lo que ansiaba tener. Fabreguier publicará este admirable artículo en *El Movimiento*, y mi situación literaria quedará consolidada. Si Treillard no vuelve á poner los pies en mi casa, nadie podrá decir que sus elogios eran hijos de benevolencia amistosa. Si consigo que vuelva á visitarme, me encontraré en condiciones de sacar mejor partido de él, para el porvenir. Ocurra lo que ocurra, he resuelto la crisis con todas las ventajas. Y, habiendo discurrido así, sintióse tranquila.

Dióse el gusto de leer otra vez el artículo antes de enviárselo á Fabreguier. Luego, sin tomarse la molestia de terminar la lectura de la carta de Treillard, la arrojó al fuego, para que no quedase huella de la suprema ofensa que le había inferido. Salió, sin pensar más en lo ocurrido, y asistió, como de costumbre á la Opera. Entre el segundo y el tercer acto de *Sansón*, vió llegar, sonriente y gentil, al gallardo Mauricio, al cual ya había visto, desde el comienzo de la representación, en las butacas de orquesta. Hizo seña al Marqués para que la dejase sola con el joven, y, apenas salió el marido cerrando la puerta del palco:

— Poca prisa se ha dado usted en venir á saludarme, — le dijo, con semblante muy tranquilo. — Es, sin duda, por efecto de la extremada indulgencia con que le trato...

— ¡Oh! Marquesa, — contestó el guapo mozo. — ¡Que mal me juzga usted! ¿Qué he hecho para desagradarla?

— ¿Qué ha hecho para agradarme? — observó la dama, con acento burlón, mirando al baroncito, que estaba sentado junto á ella. — ¡Parece mentira! No me explico la inclinación que he podido sentir hacia usted.

Con aire de enojo y con cierta acritud, replicó el galán:

— Pues ha tenido usted tiempo para darse cuenta de ello.

— ¡Ah! usted me ha ayudado mucho. Me forjé grandes ilusiones acerca de su carácter. Lo creí franco y sencillo. Y ahora, de repente, he advertido que es complicado y falso. Calurosamente me dijo que la infidelidad cometida era antigua, que la deploraba amargamente y que no reincidiría. Tuve la debilidad de creerlo, y, lo primero que ha hecho usted, ha sido volver al lado de su Claudina...

— ¿Quién ha contado tal cosa?... ¡Es una calumnia infame!... ¿Acaso ese Treillard?...

— El señor Treillard, amiguito, en punto á relaciones conmigo, está como voy yo á estar con usted. No cargue, pues, en cuenta ajena, lo que es de cuenta propia...

— Pero ¡juro que es falsa la acusación que usted me dirige!...

— Bueno. Es falsa hoy. Será cierta mañana...

— Entonces ¿va usted á condenarme por proba-

bilidades? ¿Qué debo pensar de un cambio tan completo? Es empujarme á la desesperación. La amo, ya lo sabe. ¿Quiere hacerme desgraciado?

El gallardo Mauricio parecía expresarse con sinceridad. Estaba pálido y tembloroso. La Marquesa experimentó satisfacción profunda haciendo sentir al barbilindo los tormentos que Treillard le hizo sentir á ella. Se desquitó, pagando al autor de todas sus contrariedades, con la moneda de ingratitud en que creía haber sido pagada. Miró al joven de arriba abajo, y con acento punzante:

— Querido amigo, traslade esas emociones á la dueña de sus pensamientos. Incurrí en el gravísimo error de fiarme de usted. Veo la imprudencia que he cometido. No volveré á incurrir en ella. Comprendo, con pesar, que se ha burlado usted de mí, y que me ha tratado como á una mujer cualquiera.

— Pues ¿cómo quería que la tratara? — murmuró, amostazado el galán. — En este aspecto, creo haber estado cumplidamente á la altura de las circunstancias. Usted, no iba á verme, doy fe de ello, para escribir versos ni para cincelar frases. Cuando llegaba tapada, presurosa, conmovida, sus intenciones no tenían nada de poéticas, y sólo pensaba en hacerme arrumacos. La literata se quedaba en la calle, y tengo por cierto que si le hubiese ofrecido entretenernos en disertar filosóficamente me hubiera preguntado si es que pretendía burlarme. Usted iba á verme para que la tratase exactamente lo mismo que se trata á cualquier mujer que va á casa de su amante. Si en

el curso de nuestras relaciones ha habido algún desengaño, me asiste derecho para decir que yo lo he sufrido, ¡tan distinta era la mujer que he encontrado, de la criatura soñadora y poética que sensatamente me imaginé! Toda vez que estamos practicando el balance de nuestras impresiones, sufra, señora, que coloque las mías frente á las de usted. Y, engañado por engañado, hagamos cuenta ahora, si lo desea, de quién lo ha sido más.

La dama quedóse estupefacta ante esta contestación. Nunca sospechó que el gallardo Mauricio fuera capaz de defenderse tan rudamente. Se complació en creer que, pérdida tan absoluta de respeto, era efecto de la nefasta influencia de Claudina Nantheuil. Y juzgó tanto más necesaria la ruptura con el joven, cuanto que ya se le antojaba, no solamente poco seguro, sino peligroso. No se dignó contestarle; le dirigió una sonrisa altanera y, señalándole la puerta con el abanico, se volvió á la sala, como si se encontrase sola en el palco. El barón de Roize, al verse despedido de aquel modo, saludó profundamente y se marchó. Cuando bajaba la escalera principal, el Marqués lo detuvo al paso:

— Oiga, mi querido amigo, ya sabe que el lunes estamos de caza... Hay abundancia de javalíes... Y con este hermoso frío seco...

— No hay frío hermoso, — gruñó Mauricio, con acento áspero. — Todos los fríos son feos y desagradables.

— ¿Qué le pasa á usted? — preguntó asombrado